



SUSANA F. AMEJEIRAS

# MENTIRAS EN LA HORA DEL TÉ

CUANDO  
LA PRIMERA MENTIRA  
ENVUELVE  
EL RESTO DE TUS  
PASOS

# Mentiras en La Hora del Té

Susana F. Ameijeiras

# Mentiras en La Hora del Té

Primera edición: mayo de 2020  
Copyright © 2020 Susana F. Ameijeiras  
Editado por Editorial Letra Minúscula  
[www.letraminuscula.com](http://www.letraminuscula.com)  
[contacto@letraminuscula.com](mailto:contacto@letraminuscula.com)

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

## ÍNDICE

[Capítulo 1: El señor](#)

[Capítulo 2: La Hora del Té](#)

[Capítulo 3: La llamada](#)

[Capítulo 4: La extraña misión](#)

[Capítulo 5: El túnel](#)

[Capítulo 6: El caos](#)

[Capítulo 7: Una casa y un arco](#)

[Capítulo 8: Mentirosa](#)

[Capítulo 9: La danza y la muerte](#)

[Capítulo 10: La cristalera](#)

[Capítulo 11: La señora](#)

## Capítulo 1: El señor

Consiguió vaciar su habitación de cualquier trasto inútil a la misma velocidad que eliminaba de su interior todo pensamiento inservible. Los dos habitáculos se eliminaron a la vez sin haberse puesto de acuerdo. Ya no quedaba nada a lo que poder echar mano para seguir buscando; había agotado todos sus recursos: los externos y también los internos. Estaba vacío.

—Señor...

La cabeza del señor se dio la vuelta muy despacio; le costaba despegar su cuerpo erguido mirando a través de aquella enorme cristalera que, de manera curiosa, todavía estaba brillante y limpia. La cristalera era la única superviviente de todo aquello; quizás, aquel señor todavía la necesitaba para algo.

—Dime, Carlos.

—Creo que ya está todo, señor.

—Querrás decir que ya no queda nada.

Carlos balbuceó.

—Puede que, para usted, señor, no quede nada, pero yo le aseguro que, para mí, irme de aquí hace que comience todo.

El señor levantó las cejas; en realidad, las retorció de una manera extraña.

Aquellos ojos parecían moverse de una manera poco usual detrás de sus pequeñas gafas cada vez que al señor le llamaba algo la atención.

—Entonces, nos vamos ya, señor.

—Estoy listo.

Carlos conducía el coche mientras aquel hombre iba detrás. Una de sus cejas había quedado arqueada, síntoma inequívoco de que algo estaba pensando. Tal vez su cabeza

todavía seguía sin estar vacía del todo; quizás, todavía se agarraba a algo. Siendo sinceros, aquel hombre a poca cosa podía agarrarse, ya que, por no tener, no tenía ni un hogar. Lo había perdido todo o casi todo.

—Carlos, ¿has guardado el dinero donde te dije?

—Sí, señor —contestó Carlos—. ¿Sigue queriendo que lo traspase a la cuenta que me dio?

—Sí, hazlo cuando puedas, gracias.

Carlos miraba de vez en cuando a aquel hombre por el espejo retrovisor. Había sido su mano derecha durante muchos años, su chofer, su asistente personal, su chico de los recados... Si Carlos no había fallado, entonces, ¿qué había sido lo que había provocado aquel desastre? Carlos era solo un chico normal, sin más. No tenía pretensiones; no buscaba reconocimiento. Cualquier persona lo habría etiquetado, tal vez, de pusilánime o, quizás, habría pensado que carecía de objetivos, de foco, de ilusión, de reconocimiento...

Todo lo que se le ocurría pensar a aquel hombre eran etiquetas, muchas etiquetas. Todo lo pasaba por una etiqueta. Era posible que las etiquetas pudieran resolver sus dudas. Quizás una mala colocación de estas había producido todo aquel caos que lo había llevado a perder años de trabajo. Una mala organización, un mal enfoque como líder...

—Señor, ¿se encuentra bien?

El hombre levantó despacio la mirada.

—Sí, estoy bien.

Más de media hora en el coche casi había conseguido que aquel hombre terminara echándose una pequeña cabezada en el asiento de atrás, pero ya habían llegado a su destino y debía bajarse.

—Señor, deje que le abra la puerta.

—Gracias, Carlos.

El hombre miró aquella oficina donde debía dejar las llaves de todas sus posesiones. Algo le agarró el pecho. Suspiró levemente y se volvió a sentar.

—Señor, debe hacerlo y, cuanto antes, mejor.

—Lo sé, Carlos, lo sé.

Hubo un silencio pequeño, o no.

—Carlos, ¿tienes dinero en la cartera? Creo que necesito dar un paseo, tomar el aire y beber un vaso de agua.

Carlos lo miró, sin juicio, solo lo miró. Eran muchos años con él. Lo normal era que Carlos quisiera asegurarse de que el señor estuviera bien.

—Tome, señor, lo espero en el coche.

Aquel hombre entró en una cafetería. Intuitivamente, se sentó en la mesa con menos atractivo de todas: la que estaba justo al lado de la puerta de la cocina y por la que salían todos los olores cuando algún camarero la abría. El sitio no podía reflejar mejor el valor que se daba a sí mismo: ninguno.

—Un café, por favor —pidió de manera correcta aquel hombre con el hilo de voz justo para ser amable con alguien una vez más.

El camarero posó un pequeño tazón con algo de leche y dos gotas de café. Aquel hombre miró la taza, un poco antigua y con restos de lo que podría haber sido el café anterior allí vertido.

«Dos gotas de café y un chorro de leche en una taza mal lavada: esto es todo lo que puedo conseguir ahora mismo. Supongo que me lo merezco», pensó.

El señor abrió despacio el sobre del azúcar, también malogrado por la torpeza del camarero al depositar el café encima de la mesa, y comenzó a fijarse cómo aquellos pequeños granos caían de una manera casi perfecta: no había una sola arena de aquel azúcar que se desviara hacia ningún lado.

Siendo él un hombre que, en sus mejores tiempos, tomaba café casi a diario, el olor que desprendía aquella mezcla comenzó a parecerle muy desagradable. Su estómago terminó por rechazar aquel olor y dejó el café.

En ese momento en que no tenía ni un café que tomar, comenzó a sentir una extraña emoción que no controlaba.



Se asustó; aquel hombre siempre lo controlaba todo. Fueron quizás los dos peores segundos en mucho tiempo: sudor, desesperación, miedo, nervios... Por una vez en su vida sintió lo que siempre había tenido miedo de sentir: vacío, desesperanza y ansiedad.

—Ja, ja, ja. —Algo interrumpió la lucha interna de aquel hombre; unas risas y unas voces que venían de algún sitio llamaron su atención. El señor miró.

Llamó al camarero.

—Un bolígrafo, un papel y un vaso de agua.

—Sí, caballero.

—Ah, una última cosa —continuó el señor—. Llévase este café y plantéese cambiar de marca.

Escribió y escribió, etiquetó y etiquetó; las anotaciones se iban amontonando en la mesa. Pidió más y más papel. Sus manos sudorosas empezaron a temblar al no poder seguir el ritmo intenso de su escritura. Carlos ya se había asomado a la cristalera, también brillante (quizás lo único brillante), de la cafetería, pero Carlos esperaba; Carlos no tenía prisa. Solo era una persona fiel con ganas de seguir sirviendo a su señor. Carlos no protestaba.

Aquel hombre dejó el bolígrafo, pidió un whisky y respiró, siempre cabizbajo, pero respiró.

Tras pagar la cuenta, salió en busca de Carlos, que esperaba pacientemente en el vehículo.

—Carlos, a mi casa.

—Señor...

—Lo sé, tengo que devolver las llaves, pero todavía me queda algo por coger. Por favor, a mi casa.

Carlos no dijo nada, arrancó el coche y dejó a aquel hombre justo en la entrada de su casa.

El señor abrió el portal, subió las escaleras y abrió la puerta. Solo fueron unos minutos.

—Ya está, Carlos, ahora vamos al banco.

—No se preocupe, señor; eso ya lo hago yo como usted me mandó.

—No, Carlos, hay cambio de planes; yo me encargo del dinero.

—Como usted quiera.

El señor se fue, tal vez a cualquier habitación de un hospital. Devolvió las llaves de todas sus pertenencias y tuvo muy claro lo que tocaba hacer a partir de ese momento. Carlos también se fue. Sus caminos no se volvieron a juntar.

## Capítulo 2: La Hora del Té

El leve movimiento del tren y su monótono run run enmarcaban una escena que podría haber sido una perfecta portada para un disco de vinilo. Marco y Elisa estaban sentados el uno al lado del otro como dos perfectos desconocidos. Elisa tenía cara de resignación y Marco de rabia. No se dirigían la palabra desde hacía horas.

El viaje había sido largo y pesado. Mientras Marco no paraba de moverse y mirar por la ventana, Elisa solo miraba al frente; su mirada fija no solo era de eterna paciencia, sino de enorme contención.

—Todo saldrá bien, ya lo verás —dijo Marco cogiéndole la mano a Elisa en un acto más cercano a romper ese muro de hielo que de cariño.

—Suéltame —replicó Elisa con un doble juego en su rostro: el de la ira y el de la complacencia.

Marco volvió la cara hacia la ventana. Su mandíbula estaba tensa y su rostro herido y ofendido por aquella que se suponía que tenía que acompañarlo en esta aventura: Elisa. No recibió ni un solo gesto de aprobación de ella, ni un ápice de consuelo... nada.

El rostro de Elisa era casi perfecto. Su cara, un poco alargada, no desentonaba en absoluto con el tamaño pequeño de su boca y sus dos enormes ojos azules. No tenía una melena muy densa, pero brillaba; era muy oscura y tenía una bonita caída. Elisa era de esas personas que te miran por el lateral de su rostro y tienes miedo, pero después, nunca hace nada, solo mirar y callar.

El oficio de la joven era el de ordenar la ropa en unas naves industriales para después ser distribuidos a distintos centros comerciales, un trabajo pesado y aburrido, pero

que le permitía hacer lo que más le gustaba: mirar por el rabillo del ojo y callar.

Marco era alto, delgado y con un peinado hecho a medida para triunfar, es decir, ningún peinado. Su pelo campaba por su cabeza como si supiera siempre donde colocarse. Era el más admirado por su entorno, sobre todo, femenino, y el más odiado por el masculino, sobre todo, por los que no tenían pelo. Marco era el triunfador, pero había un truco. Su triunfo siempre necesitaba una aprobación: la de Elisa.

El viaje continuó sin que la pareja se dirigiera la palabra. Hubo algún intento por parte de Marco, pero fue imposible. Elisa podía ser cruel y víctima a la vez, una hazaña que muchos no entienden, pero que forma parte de aquellas personas que deciden aguantar por falta de fuerzas y, cuando la angustia puede más que ellas, su arma letal es infalible: la indiferencia.

Llegaron a la estación. Marco miraba a Elisa buscando que ella le pidiera ayuda para coger el equipaje, pero ella no lo hizo. Elisa cogió su equipaje y su abrigo, y bajó del vagón. Por su rostro, se podía deducir que le hubiera gustado coger otro tren, pero, esta vez, sola.

La brillante pareja de portada de disco de vinilo estaba saliendo de la estación cuando Marco recibió una llamada.

—¿En serio? No me lo puedo creer. Lo sabía —dijo Marco mientras su pelo se cambiaba de un lado a otro a medida que él ejecutaba el baile de la felicidad.

La gente miraba a Marco mientras Elisa resoplaba esperando que el baile del macho terminara y los espectadores los dejaran ir a casa a dejar veinte kilos de equipaje que de inmediato tendrían que ser metidos en la lavadora. Elisa solo pensaba en lo que le tocaba al poner un pie en su pequeño hogar.

—Te lo dije, Elisa, lo he conseguido; los he vendido todos. Lo sabía —gritó Marco para espanto de Elisa que, cada vez que lo miraba, era posible que lo que pasaba por su

mente fuera de todo menos legal.

—¿Nos vamos de una vez? —respondió Elisa dándole un mazazo en toda la cara a la ilusión de Marco mientras este se contenía por no decirle que ella nunca se alegraba por nada de lo que él hacía.

Marco no dijo nada.

\* \* \*

—Hola, Ana, sí, hemos llegado —contestó Elisa por teléfono mientras intentaba colocar con la otra mano algunas camisas en la percha del armario—. Creo que podremos bajar en un rato. Espéranos en La Hora del Té.

La Hora del Té era como un bar-cafetería-pastelería donde se reunían Ana, Claudia y Elisa para hablar, bien o mal, de cualquier persona o cosa que se les ocurriera. Esos momentos tan interesantes que compartimos con los demás en los que sale de todo: tus verdades, tus miedos, tus mentiras, tus dudas... Un lugar donde te defiendes de los ataques y atacas para vengarte o desahogarte de algo. Todo ello adornado por una conversación, desde luego, gratificante y sincera que muestra siempre las bondades de la amistad verdadera.

—No entiendo a Elisa —replicó Marco dirigiéndose a Ana —, he vendido todos los coches de segunda mano que he comprado. No solo he recuperado la inversión, sino que he ganado mucho dinero y mírala, como si nada.

—Solo colocas mercancía en un almacén y juegas a ser Dios. Podríamos habernos quedado sin nada —replicó Elisa—. Has invertido todo nuestro dinero. ¿Cómo quieres que esté? ¿Tú sabes las horas extra que tengo que hacer para conseguir que mi cuenta corriente sea un poco agradable a la vista?

—Lo he recuperado, Elisa, y ahora tenemos más. Dime, ¿qué has hecho tú además de quejarte? —gritó Marco bajo la atenta mirada de Ana que no podía sacar los ojos de

Marco queriendo asesinarlo—. Siempre haces lo mismo: quejas, malas caras... Si al menos te organizaras mejor, seguro que podrías aportar algo más de lo que aportas, pero no. Yo lo intento y tú... ¿Qué haces tú? Mirarme como si hubiera matado a alguien; hacerme creer que soy un indeseable. No sé qué más quieres. Lo tienes todo casi sin mover un dedo. ¿Sabes qué? Yo me largo...

—Uy, menudo carácter —murmuró Ana mientras Marco cogía su chaqueta y se iba—. No sé cómo lo aguantas.

Ana era muy alta. A veces parecía que su columna vertebral no se podía doblar y que, por ello, debía permanecer siempre recta. Nunca se maquillaba y su piel era pálida y apenas sin brillo. Su color de pelo oscuro, el cual metía siempre detrás de las orejas, dejaba ver dos perlas que recordaban que nadie, nadie, se podía meter con ella sin salir malherido. Las perlas son un símbolo de seriedad y de poder de mando. Cuando una mujer con pelo oscuro lleva perlas, puedes empezar a temblar.

—Calla, Ana. Si es que me he vuelto a pasar, ves, ahora me quedo hecha polvo. A veces no me doy cuenta de que él lo hace por nosotros, de que por lo menos lo intenta y yo... yo no siempre se lo pongo fácil.

—No, no caigas en ese error, Elisa. No lo hace por ti ni por nadie; lo hace por él. Mientras se apunta un tanto, está en posición de reprocharte que tú no lo has conseguido. Uno a cero, ¿recuerdas? Como en el fútbol. Es así, él gana, tú pierdes, y después, te lo restriega.

—No, Ana, tú no lo conoces como yo.

—La que no lo conoce eres tú, Elisa. Me parece que hay que tener mucha cara para dejarte a cargo de todo mientras él se va de viaje a hacer sus negocios.

—Pero trae dinero y yo apenas junto nada después de tirarme horas guardando ropa. Marco tiene razón y encima ni siquiera lo felicito. Qué desastre —reflexionaba Elisa.

—Ese es tu problema, Elisa. No soportas la situación y él te acaba convenciendo de que es un héroe para que te

sientas una inútil y no lo dejes plantado, que es lo que se merece.

—¡Vale ya, Ana! —dijo Elisa—. Espera —continuó—, creo que me está sonando el teléfono. Hola, mamá... Es mi madre —dijo Elisa a Ana mientras tapaba el auricular del teléfono—. Y ¿quién es esa Manuela? —preguntó Elisa—. Ah, de acuerdo, ya se lo diré a Claudia para ver qué le parece.

Elisa colgó el teléfono con un gesto de resignación.

—Mi madre quiere que la hija de una amiga suya, Manuela, conozca a Claudia para que haga unas cuantas prácticas en la peluquería. En qué líos me mete todo el mundo. Ahora tendré que reunirme con Claudia y esa tal Manuela y pasar un mal trago; sonreír y hacer que me importa mucho que esa chica progrese en la peluquería con Claudia.

—¿Con Claudia? —preguntó Ana—. Claudia le chupará la energía a esa pobre chica.

—No seas mala, Ana, Claudia tiene lo suyo, pero la ayudará seguro.

—De verdad, Elisa, ¿eres así o te pagan por tener los ojos vendados? Claudia solo se quiere a sí misma. Esta solo será una víctima para que ella se pueda lucir un poco más.

Elisa miró a Ana con una media sonrisa mientras cogía su abrigo y su bolso dispuesta a marcharse de la cafetería.

—Adiós, Ana, céntrate en buscar trabajo y deja de querer arreglar la vida de los demás. Voy a ver a Marco. Te llamo.

—Vete a ver a tu pobrecito novio, que seguro que está llorando en el sofá.

—No seas mala —gritó Elisa casi desde la puerta.

—Llámame cuando Claudia conozca a esa tal Manuela. No me lo quiero perder. ¡Me aburro mucho! —dijo Ana elevando la voz para que Elisa lo escuchara casi desde la puerta.

—Se nota —volvió a gritar Elisa ya saliendo del bar—. Te llamaré.

\* \* \*